

¡Salve cielo altísimo, en que habita la gloria del Sol eterno!

¡Salve, tú que eres la única que has llevado dentro de ti al Dios que es del todo inabarcable!

¡Salve, tierra santa y virginal, de la cual, de un modo inefable, ha sido formado por Dios el nuevo Adán, que salvó al antiguo!

¡Salve, levadura sagrada, destinada por Dios a fermentar de nuevo toda la masa humana, para que, convertida en pan, por el cuerpo de Cristo, alcanzara una maravillosa cohesión!

*¡Salve, llena de gracia, el Señor está contigo!, el mismo que dijo: *Hágase la luz, hágase el firmamento (Gn 1, 3.6)* y las demás obras magníficas de su poder creador”.*

151) Así fue el entierro de la Virgen

“¡Oh qué gran maravilla! La que de un modo admirable pudo contener, en la pequeñez de su seno, a Dios que es ilimitado en su grandeza, hoy tendida sobre un lecho delimitado y pequeño, al celebrarse sus exequias, es transportada por manos de santos.

Aquella cuyo seno sirvió de trono al que se sienta sobre querubines, es depositada en una tumba excavada en la piedra, y la que en su parto causó admiración a los ángeles, hoy es conducida en triunfo por el coro de los apóstoles que transportan este tabernáculo, que es su cuerpo”.

152) María Virgen y Asunta a los cielos

“Ella, siendo virgen, con el milagro de su divina maternidad había superado la naturaleza de los serafines y había entrado en la intimidad de Dios, creador de todas las cosas, y, siendo madre del que es la vida, le correspondió un tránsito en consonancia con dicha maternidad y que es una maravilla de la fe, digna de la divina majestad.

Así como, al dar a luz, su seno no perdió la integridad, así también, al morir, no pereció su carne.

¡Oh qué gran maravilla! No aparece la corrupción en su parto, ni tampoco en su sepultura.

¿Queréis que os lo demuestre? Yo, por parte mía, os pido que ninguno de los presentes deje de tomar en consideración el sepulcro vacío. Os pregunto, en efecto: ¿Cómo desapareció el cuerpo de la difunta? ¿Por qué no quedan restos funerarios en el sepulcro?

Ello es debido a que el cuerpo enterrado no experimentó la corrupción y a que este tesoro fue cambiado de lugar”.

153) Gloria a María, la Madre del Salvador

“Regocijaos justos, alegraos cielos; montes, danzad por el nacimiento de Cristo. La Virgen está sentada como los querubines, llevando entre los

brazos a Dios, Verbo encarnado. Los pastores glorifican al recién nacido, los magos ofrecen presentes al maestro, los ángeles dicen cantando: *Gloria al Señor excelso*.

Virgen Theotokos, que has engendrado al Salvador, tú has borrado la maldición de Eva porque has sido madre llevando en el seno, con el beneplácito del Padre, a Dios Verbo encarnado.

Ese misterio no tolera razonamientos solo con fe, le glorificamos exclamando: *Gloria al Señor excelso*.

Venid, alabemos a la Madre del Salvador, que permaneció virgen incluso después del parto; salve, ciudad animada por Dios rey, en la que habitó Cristo y donde se cumplió nuestra salvación.

Nosotros te alabamos con Gabriel y te glorificamos con los pastores, diciendo: *Oh Theotokos, intercede cerca de aquel a quien has dado la carne para que salve nuestras almas*".

154) Por María, Señor, protege a tu Iglesia

“Virgen, como de la cantera jamás cortada así fue desprendido de ti Cristo, la piedra angular que unió a las naturalezas divididas. Por eso nos regocijamos y te engrandecemos, Theotokos.

Venid, recordemos con corazón puro y ánimo sensato a la hija del rey, al esplendor de la Iglesia más brillante que el oro, y ensalcémosla.

Salve, alégrate, esposa del gran rey que reflejas espléndidamente la belleza de tu esposo, y exclama con tu pueblo: ¡Te aclamamos, dador de la vida!

Oh Salvador, concede tu celeste ayuda a tu Iglesia, que no reconoce más Dios ni liberador que tú, que nos has dado por ella la vida y que por eso te glorifica.

Acepta las súplicas de tu pueblo, Virgen madre de Dios, e intercede sin descanso ante tu Hijo, a fin de que libre a los que te alabamos, de los peligros y tentaciones. Porque tú eres nuestra embajadora y nuestra esperanza”.

36. San Juan Damasceno (+ 749)

Nació en Damasco, Siria, por el año 675 de noble familia y muy cristiana. A los 30 años abrazó la vida monacal cerca de Jerusalén.

Fue ordenado sacerdote y se dedicó a predicar en los principales Santuarios de la región.

Escribió profundos tratados teológicos y luchó contra la herejía iconoclasta.

Es considerado, con verdadero mérito, como uno de los mejores y más fecundos escritores sobre Mariología. Podíamos multiplicar con facilidad sus preciosos testimonios.

Trata sobre todo, la santidad de María desde el momento de su Concepción y su gloriosa Asunción en cuerpo y alma a los cielos.

155) Figuras de María

“La Escala de Jacob

El Verbo, el brazo poderoso del Dios Altísimo, se construyó una escala viviente, cuya base está plantada en tierra y cuya cima se eleva hasta el cielo; sobre ella reposa Dios; ella es la que Jacob contempló en figura; por ella Dios descendió en su inmovilidad, o más bien se inclinó, condescendiente, y así se dejó ver en la tierra y vivió entre los hombres. Porque estos símbolos representan su venida al mundo, su abajamiento misericordioso, su existencia terrena, el verdadero conocimiento de sí mismo dado a los que están en la tierra.

La escala espiritual, la Virgen, está plantada en la tierra porque de la tierra procede, pero su cabeza se eleva hasta el cielo. La cabeza de la mujer, en efecto, es el hombre; pero para ella que no conoció varón, Dios Padre tomó el lugar de cabeza suya; por el Espíritu Santo él estableció una alianza y, a modo de semilla divina y espiritual, envió a su Hijo, su Verbo.

En virtud del beneplácito del Padre, el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, no por una unión natural, sino por el Espíritu Santo y la Virgen María, lo que está por encima de las leyes de la naturaleza.

¡Compréndalo el que pueda! ¡El que tiene oídos para oír, que oiga!...

El Monte de Dios

María es el monte resplandeciente del Señor, que sobrepasa y trasciende toda colina y toda montaña, es decir, la altura de los ángeles y de los hombres; de ella, sin intervención de mano de hombre, ha querido desprenderse Cristo, la piedra angular.

¡Montaña de Dios, montaña de abundancia! Montaña opulenta, montaña que Dios se ha dignado elegir por morada. Cima más santa que el Sinaí, a la que no cubren ni nube, ni tiniebla, ni tempestad, ni fuego terrible, sino el brillo luminoso del Espíritu Santo. Allí la Palabra de Dios había escrito la ley sobre tablas de piedra, por el Espíritu, dedo de Dios; aquí, por la acción del Espíritu Santo y por la sangre de María, la Palabra misma se ha encarnado y se ha dado a nuestra naturaleza como remedio más eficaz de salvación. Allí, el maná; aquí, el que dio el maná y su dulzura.

El Tabernáculo

Que la morada famosa de Moisés construyó en el desierto con materiales preciosos de toda especie, y antes que ella, la morada de nuestro padre Abraham, se eclipsen ante la morada de Dios, viviente y espiritual. Esta fue la morada no sólo del poder divino, sino de la Persona del Hijo que es Dios, substancialmente presente.

Que el arca toda recubierta de oro reconozca que nada tiene comparable con ella, como tampoco la urna

de oro del maná, el candelabro, la mesa y todos los objetos del culto antiguo; ellos fueron honrados porque la prefiguraban, como sombras del verdadero prototipo”.

156) María, la predestinada por Dios

“¡Hija siempre virgen, que pudiste concebir sin intervención humana! Porque el que concebiste tiene un Padre eterno. Hija de la raza humana, que llevaste al creador en tus brazos divinamente maternales. Realmente eres más preciosa que toda la creación, porque de ti sola el Creador recibió las primicias de nuestra naturaleza humana. Su carne fue hecha de tu carne, su sangre, de tu sangre; Dios se alimentó de tu leche, y tus labios tocaron los labios de Dios.

¡Maravillas incomprensibles e inefables!

En la presciencia de tu dignidad, el Dios del universo te amó; porque te amó te predestinó y en los últimos tiempos te llamó a la existencia y te hizo madre, para engendrar a un Dios y alimentar a su propio Hijo, su Verbo”.

157) Lugar de María en la Encarnación del Verbo

Elegida desde los tiempos antiguos en virtud de la predestinación y la bondad de Dios Padre -que te engendró fuera del tiempo sin salir de sí mismo y sin

alteración- ella te dio a luz, encarnado en su carne en los últimos tiempos, a ti que eres la propiciación y la salvación, la justicia y la redención, la vida que brotó de la vida, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero.

El Padre la predestinó; luego los profetas, por el Espíritu Santo, la anunciación; el poder santificador del Espíritu la visitó y santificó y, por decirlo así, regó su tierra. Entonces tú, Señor, que eres «la definición y la expresión del Padre», viniste a habitar en ella, sin estar limitado, para llamar la baja extrema de nuestra naturaleza a la altura infinita de la incomprendible divinidad.

De esta naturaleza humana tú recibiste las primicias de la sangre castísima, purísima e inmaculada de la Virgen santa.

Tú te formaste una carne viviente con un alma racional e inteligente, y la hiciste subsistir en ti mismo. Y te convertiste en hombre perfecto, sin renunciar a ser Dios perfecto ni dejar de ser consustancial a tu Padre, pero asumiendo, por tu indecible ternura, nuestra debilidad.

Y tú naciste de ella, tú el solo Cristo, el solo Señor, el solo Hijo, al mismo tiempo Dios y hombre.

Mediador entre Dios y los hombres, suprimiste el odio y condujiste a tu Padre a aquellos que lo habían abandonado.

Renovaste lo que estaba destrozado, cambiaste en incorrupción lo que estaba corrompido.

Del error politeísta libraste a la creación. Hiciste a los hombres hijos de Dios. ¿Cuál fue el instrumento de estos infinitos beneficios que sobrepasan todo pensamiento y toda comprensión? ¿No es acaso la que te dio a luz, la siempre Virgen?

¡Qué profunda y llena de riqueza es la sabiduría y la ciencia de Dios, repito con el Apóstol, qué insondables son sus designios y qué incomprensibles sus caminos! ¡Oh inmensidad de la bondad de Dios! ¡Oh amor que supera toda explicación!

Aquél que llama la nada a la existencia, el que llena el cielo y la tierra, aquél cuyo trono es el cielo, y la tierra el estrado de sus pies, se hizo para sí una morada espaciosa en el seno de su propia servidora, y realizó en ella el misterio más nuevo de todos los misterios.

Siendo Dios, se hace hombre, y llegado el tiempo de su nacimiento, es dado a luz sobrenaturalmente; abre el seno materno sin menoscabar el sello de su virginidad. Es llevado en brazos humanos como niño pequeño el que es el esplendor de la gloria, la impronta de la sustancia del Padre, el que sostiene todo el universo por la palabra de su boca.

¡Oh maravillas verdaderamente divinas, misterios que superan la naturaleza y la inteligencia! ¡Oh privilegios sobrehumanos de la virginidad!

¿Cuál es, Madre santa y Virgen, este gran misterio en torno a ti?

Tú eres bendita entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre. Eres feliz en las generaciones de las generaciones.

La única digna de ser llamada feliz. En efecto, todas las generaciones te llaman feliz, como tú lo declaraste. Las hijas de Jerusalén, es decir, de la iglesia, te vieron y proclamaron tu felicidad; las reinas, o sea las almas de los justos, te alabarán por los siglos”

158) María, siempre atenta sólo a Dios

“Mujer enteramente amable, ¡tres veces bienaventurada!”. Mujer, hija del rey David y Madre de Dios, el rey universal.

Obra maestra, divina y viviente en la cual se gozó el Dios Creador, cuyo espíritu, regido por Dios, está atento sólo a Dios, cuyo deseo se dirige solamente a lo que es deseable y amable, que no se enardece sino contra el pecado y contra aquél que lo engendró.

Tú tienes una vida superior a la naturaleza; porque no la tienes para ti, ya que tampoco naciste para ti. La tienes para Dios; a causa de él viniste a la vida, a causa de él sirves a la salvación universal, para que se realice por ti el designio antiguo de Dios, que es la encarnación del Verbo y nuestra divinización.

Tu apetito es alimentarte de las palabras divinas y fortificarte con su savia, como olivo fértil en la casa de Dios, como el árbol plantado junto a las corrientes

de las aguas del Espíritu, como el árbol de vida que dio su fruto en el tiempo señalado: el Dios encarnado, vida eterna de todos los seres.

Tú conservas todo pensamiento vivificante útil para el alma; pero todo pensamiento superfluo que sería perjudicial para el alma, lo rechazas antes de gustarlo.

Tus ojos están siempre dirigidos al Señor mirando la luz eterna e inaccesible.

Tus oídos escuchan la palabra divina y se deleitan con la cítara del Espíritu; por ellos entró la Palabra para encarnarse.

Tu nariz respira con delicia los perfumes del Esposo que es él mismo un perfume derramado espontáneamente para ungir su humanidad: «Tu nombre es un unguento derramado» dice la Escritura.

Tus labios alaban al Señor, y están adheridos a sus labios.

Tu lengua y tu paladar discernen las palabras de Dios y se sacian de la suavidad divina.

¡Corazón puro y sin mancha, que ve y desea al Dios sin mancha!».

159) María, consagrada sólo a Dios

“En este seno el Ser ilimitado ha venido a morar; de su leche, Dios, el Niño Jesús, se ha alimentado. ¡Puerta de Dios, siempre virginal! Tus manos sostienen a Dios, y tus rodillas son un trono más elevado que los

querubines; por ellas fueron fortalecidas las manos debilitadas y las rodillas vacilantes.

Tus pies, guiados por la ley de Dios como por una lámpara brillante, corren tras él sin volverse atrás, hasta que hayan atraído al Amado hacia la amada.

En todo su ser María es la cámara nupcial del Espíritu, la ciudad del Dios vivo, a la que alegran los canales del río, es decir las olas caudalosas de los carismas del Espíritu; toda hermosa, enteramente cercana a Dios. Porque está por encima de los querubines y se eleva sobre los serafines, mas próxima a Dios que ellos”.

160) María es Templo donde es glorificada la Trinidad

“Maravilla que sobrepasa todas las maravillas; una mujer está colocada más alto que los serafines, porque Dios apareció un poco inferior a los ángeles. Calle el sabio Salomón, y no diga ya: «*No hay nada nuevo bajo el sol*”.

Virgen llena de la gracia divina, templo santo de Dios, que el Salomón según el Espíritu, el príncipe de la paz, construyó y habita; no te embellecen el oro y las piedras inanimadas, sino que, mejor que el oro, el Espíritu es tu esplendor. Por piedras tienes la perla preciosa por excelencia, Cristo, la brasa de la divinidad.

Suplícale que toque nuestros labios para que, purificados, le cantemos con el Padre y el Espíritu,

exclamando: «*Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos...*».

¡Oh Soberana! recibe con agrado la palabra de un siervo pecador pero abrasado de amor, para quien tú eres la única esperanza de alegría, la protectora de la vida y, junto a tu Hijo, la reconciliación y la firme garantía de salvación.

Aparta la carga de mis pecados, disipa la nube que oscurece mi espíritu y el peso que me arrastra hacia la materia.

Aparta las tentaciones, gobierna felizmente mi vida y condúceme de la mano hasta la felicidad del cielo.

Concede al mundo la paz, y a todos los habitantes cristianos de esta ciudad, una alegría perfecta y la salvación eterna, por las oraciones de todo el cuerpo de la Iglesia. Así sea, así sea.

«Salve, llena de gracia, el Señor está contigo; tú eres bendita entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesucristo, el Hijo de Dios.

A él la gloria, con el Padre y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos infinitos. Amén».

161) Elogio a la Madre de Dios

“¿Con qué título llamarte, oh Soberana? ¿Con qué palabras saludarte? ¿Con qué alabanzas coronar tu frente sagrada nimbada de gloria?

Tú eres la dispensadora de los bienes, dadora de las riquezas, belleza del género humano, honra de toda la creación, por quien esta creación ha llegado a ser verdaderamente feliz. En efecto, aquél a quien antes no contenía, ahora lo contiene por ti.

A aquél sobre quien no tenía la fuerza de fijar su mirada, lo contempla ahora como en un espejo, a cara descubierta.

Abre, oh Verbo de Dios, nuestra boca lenta para hablar. Pon en nuestros labios abiertos una palabra llena de gracia. Infunde en nosotros la gracia del Espíritu, que torna elocuentes a humildes pecadores y pon en boca de los letrados, palabras de sabiduría que sobrepasan al hombre, para que nuestra débil voz pueda aunque sea balbucear las grandezas de tu Madre muy amada”.

162) Retrato de María

“Hoy el trono de Jessé ha producido un vástago, sobre el que se extenderá por el mundo una flor divina. Hoy, el que había en otro tiempo hecho subir las aguas al firmamento creado sobre la tierra, de una sustancia terrestre, ha hecho un cielo nuevo; y este cielo es mucho más bello y más divino que el otro, pues de él nacerá el Sol de justicia, Aquel que ha creado el otro sol.

¡Qué de milagros se reúnen en esta niña y qué de alianzas se hacen en Ella! Hija de la esterilidad, Ella

será la virginidad que da a luz. En Ella se consumará la unión de la divinidad con la humanidad, de la impasibilidad con el sufrimiento, de la vida con la muerte, para que todo lo que estaba mal sea vencido por lo bueno. ¡Oh hija de Adán y Madre de Dios! ¡Y todo esto ha sido hecho por mí, Señor!

Tan grande era vuestro amor por mí que habéis querido, no asegurar mi salvación gracias a los ángeles o cualquier otra criatura, sino restaurar por Vos mismo lo que Vos mismo habíais creado en el principio.

Es por lo que yo me estremezco de alegría y estoy lleno de orgullo y, en mi alegría, me vuelvo hacia la fuente de estas maravillas, y, llevado por las olas de mi alegría, tomaré la cítara del Espíritu para cantar los himnos divinos de este nacimiento...

Hoy, el Creador de todas las cosas, el Verbo de Dios, compone un libro nuevo brotado del corazón de su Padre, y que escribe por el Espíritu Santo, que es la lengua de Dios...

Oh Hija del rey David y Madre de Dios, Rey Universal. Oh divino y viviente objeto, cuya belleza ha encantado al Dios creador. Vos cuya alma está completamente sometida a la acción divina y atenta al único Dios; todos vuestros deseos tendieron hacia Aquel que es el único que merece que se le busque y que es digno de amor.

Vos no tenéis cólera más que para el pecado y para su autor. Vos tendréis una vida superior a la naturaleza,

pero no la tendréis para Vos; Vos no habéis sido creada para Vos. Vos os habéis consagrado por entero a Dios que os ha introducido en el mundo, a fin de servir a la salvación del género humano, con el fin de cumplir el designio de Dios, la Encarnación de su Hijo y la deificación del género humano.

Vuestro corazón se alimentará de las palabras de Dios: ellas os fecundarán, como el olivo fértil en la casa de Dios, como el árbol plantado al borde de las aguas vivas del Espíritu, como el árbol de la vida, que ha dado su fruto en el tiempo fijado: el Dios encarnado, la vida de todas las cosas.

Vuestros pensamientos no tendrán otro objeto que lo que aprovecha al alma, y toda idea no solamente perniciosa, sino inútil, Vos la echaréis incluso antes de sentir su sabor.

Vuestros ojos estarán siempre vueltos hacia el Señor, hacia la luz eterna inaccesible.

Vuestros oídos atentos a las palabras divinas y a los sonos del arpa del Espíritu por quien el Verbo ha venido a asumir vuestra carne...

Vuestros labios alabarán al Señor siempre unido a los labios de Dios.

Vuestra boca saboreará las palabras y gozará de su divina suavidad.

Vuestro purísimo corazón, limpio de toda mancha, verá siempre al Dios de toda pureza, y se quemará en deseos por El.

Vuestro seno será la morada del que ningún lugar puede contener.

Vuestra leche alimentará a Dios, en el pequeño Jesús.

Vos sois la puerta de Dios, deslumbrante de una perpetua virginidad.

Vuestras manos llevarán a Dios, y vuestras rodillas serán para El, un trono más sublime que el de los querubines...

Vuestros pies, conducidos por la luz de la ley divina, siguiéndole en un camino sin rodeos, os arrastrarán hasta la posesión del bienamado.

Vos sois el templo del Espíritu Santo, la ciudad del Dios vivo que alegrarán los ríos abundantes, los ríos santos de la gracia divina.

Vos sois totalmente bella, totalmente próxima a Dios; dominadora de los querubines, más alta que los serafines y la más próxima a Dios.

Salve, María, dulce niña de Ana; el amor de nuevo me conduce hasta Vos.

¿Cómo describir vuestro andar lleno de serenidad? ¿Vuestro vestir? ¿El encanto de vuestro rostro? ¿Esta sabiduría que da la edad, unida a la juventud del cuerpo?

Vuestro vestido estuvo lleno de modestia, sin lujo y sin ostentación.

Vuestro andar tranquilo, y sin precipitación.

Vuestra conducta, moderada, alegre y discreta, como se ve al contemplar ese temor que Vos experimentáis ante la visita insólita del ángel.

Vos fuisteis sumisa y dócil a vuestros padres.

Vuestra alma era humilde en medio de las más sublimes contemplaciones.

Vuestra palabra agradable mostraba la dulzura del alma.

¿Qué morada hubiese sido más digna de Dios? Es justo que todas las naciones os proclaren bienaventurada, insigne honor del género humano.

Oh Vos, que sois la hija y la dueña de Joaquín y de Ana, acoged la oración de vuestro pobre siervo, que no es más que un pecador y que, sin embargo, os ama ardientemente y os honra, y que quiere encontrar en Vos la única esperanza de su dicha, la guía de su vida, la reconciliación con vuestro Hijo y la garantía cierta de su salvación.

Libradme del peso de mis pecados, disipad las tinieblas que rodean mi espíritu, desembarazadme de mi espeso barro, reprimid las tentaciones, gobernad dichosamente mi vida, a fin de que sea conducido por Vos a la felicidad celeste, y conceded la paz al mundo.

A todos los fieles de esta ciudad, dadles la alegría perfecta y la salvación eterna, por las oraciones de vuestros padres y de toda la Iglesia”.

163) Laudes marianas

“Tú eres descanso a los que trabajan, consuelo a los que lloran, medicina a los enfermos, puerto para los que

la tempestad maltrata, perdón para los que pecan, dulce alivio de los tristes, socorro de los que oran...

Tú eres la gloria de los sacerdotes, la esperanza de los cristianos, planta fructuosísima de virginidad, pues por Ti se propagó dilatadamente la honra de la virginidad.

Los que te confiesan Madre de Dios son benditos; los que no te confiesan, malditos”

164) ¡Ayúdame, Madre!

“Yo te saludo, oh María, esperanza de los cristianos. Recibe la súplica de un pecador que te ama tiernamente, que te honra de un modo especial, y pone en ti toda la esperanza de su salvación.

De ti tengo la vida: me restableces en la gracia de tu Hijo, eres la prenda cierta de mi salvación.

Te suplico, pues, me libres del grave peso de mis pecados; disipes las tinieblas de mi entendimiento, aleja de mi corazón los afectos terrenos, reprime las tentaciones de mis enemigos, y dirige mi vida de modo que por tu medio, y teniéndote por guía, pueda llegar a la eterna felicidad del Paraíso”.

165) Madre, tu lo eres todo

“¿Qué diremos de Ti, serenísima Virgen, hermosísima entre todas las mujeres? Porque si te llamo sol,

eres más resplandeciente; si rosa, eres más florida; si azucena, eres más bella; si cinamomo, bálsamo... eres más fragante que todas las especies aromáticas”.

166) Signo de predestinación

“Si confío en Ti, oh Madre de Dios, seré salvo. Defendido por Ti nada temeré. Con tu protección y auxilio perseguiré y pondré en fuga a mis enemigos, porque tu devoción es un arma de salvación, que Dios da a aquellos que quiere se salven”.

167) La oración de María es eficaz

“¡Bendita seas tú, María, cuya intercesión no es rechazada ni la oración desoída, pues estás inmediatamente próxima a la Divinidad y más cerca que nadie de la Trinidad santa!”.

168) María, la llena de gracia

“Llena de gracia, en ti se regocija todo lo creado, las legiones de ángeles y el género humano. Templo santificado y paraíso espiritual, honor de las vírgenes.

Gracias a ti Dios se encarnó haciéndose niño, él, nuestro Dios desde antes de los siglos.

De tu seno hizo un trono y lo convirtió en el más vasto de los cielos.

En ti, llena de gracia, se regocija todo lo creado.
Gloria a ti”.

169) María, bellísima rosa entre espinas

“Bellísima y dulcísima niña, lirio que brota de entre las espinas, crecido sobre la regia y fecunda raíz de David, por tu mediación se enriquece la realeza del sacerdocio.

Rosa aparecida entre las espinas de los judíos, que llenas el mundo de perfume divino.

Hija de Adán, madre de Dios, bendito el seno de donde has salido, benditos los brazos que te llevaron y los labios que disfrutaron tus besos inocentes, los labios de tus padres...

¡Hoy empieza la salvación del mundo!”

170) María es la criatura más excelsa

“Salve María, dulcísima hija de Ana.

El amor me empuja hacia ti. ¿Cómo podré describir tu actitud tan digna? ¿Y tu vestido?, ¿Y la belleza de tu cara? ¿Y la conducta sensata de tu juventud?

Tu vestido fue modesto, lejos de la molición y el lujo, grave tu andar, ni precipitado ni lánguido, serio el comportamiento, alegre por la vivacidad juvenil, máximo el cuidado con los hombres, como indica aquel temor que te sacudió en el inesperado coloquio con el ángel.

Fuiste dulce y respetuosa con tus progenitores, humilde de espíritu en la más alta contemplación; amable hablando como correspondía a tu espíritu afable.

En resumen, ¿qué otra cosa había en ti sino la digna permanencia de Dios?

Con justicia todas las generaciones te proclaman bienaventurada porque tú eres la gloria del género humano.

Tú eres el honor de los sacerdotes, la esperanza de los cristianos, la planta fértil de la virginidad; por ti se difundió por todas partes la belleza de la virginidad.

¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre!”.

171) Queremos honrarte, Madre María, como te mereces

“Hoy, también nosotros nos entretenemos con tu presencia, oh soberana.

Repito una vez más: soberana Virgen madre de Dios, y juntamos nuestras almas como un ancla soldada e inamovible a ti que eres nuestra esperanza.

Te consagramos nuestro espíritu, nuestra alma, nuestro cuerpo, todo nuestro ser.

Queremos honrarte como exige tu dignidad.

Si como enseña la palabra sagrada, el honor que se tributa a los siervos es testigo del amor al común señor,

¿podremos nosotros empeñarnos en no honrarte a ti, madre de tu Señor? ¿No deberemos empeñarnos con todas nuestras fuerzas?

¿No es esto preferible a nuestra misma respiración desde el momento en que nos da la vida?

Así demostraremos nuestro amor hacia nuestro Señor.

En realidad, para los que honran piadosamente tu memoria les basta el preciosísimo don de tu recuerdo, que se transforma en la más alta expresión de alegría imperecedera.

¿De qué alegría, de qué dones no estará lleno quien ha hecho de su alma la morada de tu sagrado recuerdo?

172) Consagración y oración a María

“Los profetas te celebran, los ángeles te están sometidos, los apóstoles están a tu servicio, el discípulo virgen y oráculo de Dios, te sirve a ti, la siempre virgen y Madre de Dios.

Hoy también nosotros estamos en tu presencia, oh Soberana, sí, repito, Soberana, Madre de Dios y Virgen.

Adherimos nuestra alma a ti que eres nuestra esperanza, como a un ancla absolutamente firme e infrangible.

Te consagrarnos nuestro espíritu, nuestra alma, nuestro cuerpo, nuestra persona toda entera.

Queremos honrarte con salmos, himnos y cánticos inspirados según nuestras posibilidades, ya que

honrarte como merece tu dignidad sobrepasa nuestras fuerzas.

Así expresaremos mejor nuestra adhesión a nuestro Señor. ¿Qué digo? En realidad basta a aquellos que guardan piadosamente tu memoria, tener el don inestimable de tu recuerdo; éste se convierte en el colmo de la alegría imperecedera.

¿De qué gozo no estará colmado, de qué bienes, aquél que hace de su espíritu la morada secreta de tu muy santo recuerdo?

He aquí el testimonio de nuestra gratitud, las primicias de nuestros discursos, el intento de nuestro mísero pensamiento que, animado por tu amor, ha olvidado su propia debilidad.

Te pedimos que recibas bondadosamente nuestro ardiente deseo, sabiendo que va más lejos que nuestras fuerzas.

Míranos, Soberana excelsa, Madre de nuestro Soberano: gobierna y conduce según tu beneplácito nuestro destino, apacigua los movimientos de nuestras bajas pasiones, guía nuestro camino hasta el puerto sereno de la divina voluntad, y alcánzanos la gracia de la bienaventuranza, ese suave esplendor del rostro del Verbo de Dios, que se encarnó en ti.

Con él, al Padre gloria, honor, fuerza, majestad y magnificencia, en compañía de su Espíritu muy santo, bueno y vivificante, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén”.

37. San Tarasio (+ 806)

Nació en Constantinopla en la segunda mitad del siglo VIII.

Fue elegido patriarca de su misma ciudad en cuyo oficio trabajó con ardiente celo por la defensa de la doctrina de la Iglesia.

Amó tiernamente a la Virgen María y se conservan algunas de sus homilías sobre ella. Es preciosa la que dedicó a la fiesta de la Presentación de María.

173) Saludo a María

Ave, oh nube ligera que derramas la lluvia celeste.

Ave, oh máximo ministerio de los sacerdotes.

Ave, oh invicto refugio de los pecadores.

Ave, oh norte de los navegantes.

Ave, oh recuperación de los que caen.

Ave, oh medicina gratuita de los enfermos.

Ave, oh causa de la salvación de todos los mortales.

Ave, oh ilustre custodia de los jóvenes.

Ave, oh Mediadora de todo lo que hay bajo el cielo.

38. San Teodoro (+ 826)

Nació en Constantinopla el año 759.

Fue monje muy influyente hasta el punto de llegar a reunir en torno a sí a más de mil monjes.

Fue acérrimo defensor de las imágenes y de la ortodoxia.
Murió en el exilio el año 826.

Ejerció un gran influjo en la literatura mariana de su tiempo
y después.

Tiene una preciosa homilía sobre la nacimiento de María.

174) María inaugura el mundo nuevo

“Antes de formar Dios al primer hombre, Dios le había construido el maravilloso palacio de la creación. Al ser colocado en el Paraíso, el hombre se hizo expulsar por su desobediencia y fue con todos sus descendientes víctima de la corrupción.

Pero el que es rico en misericordia tuvo piedad de la obra de sus manos, y decidió crear un nuevo cielo, una nueva tierra y un nuevo mar para servir de residencia al Incomprensible, deseando reformar al género humano.

¿Cuál es este mundo nuevo, esta creación nueva?

La bienaventurada Virgen es el cielo que muestra el sol de la justicia, la tierra que produce la espiga de vida, el mar que da la perla espiritual...

¡Qué maravilloso es este mundo! ¡Qué maravillosa es esta creación con su hermoso jardín de virtudes, con las flores olorosas de la virginidad...!

¿Qué hay más puro? ¿Qué hay más irreprochable que la Virgen?

Dios, luz soberana, ha encontrado en Ella tantas virtudes, que se ha unido a ella substancialmente, por la venida del Espíritu Santo.

María es una tierra en la que no se ha introducido la espina del pecado. Al contrario, ha producido el retoño por el que el pecado ha sido arrancado de raíz.

Es una tierra que no ha sido maldita como la primera, fecunda en espinas y cardos, sino que es una tierra sobre la que ha descendido la bendición del Señor, y su fruto es bendito, como dice el oráculo de Dios”.

175) Contemplación de María en la gloria

“Ahora, en posesión de la bienaventurada inmortalidad, alza María hacia Dios, para la salvación del mundo, esas manos tuyas que han llevado a Dios...

Blanca y pura paloma, elevada en su vuelo hasta las alturas del cielo, no cesa de proteger nuestra baja tierra.

Ella nos ha abandonado corporalmente, pero en espíritu está con nosotros; Ella, que ha entrado en los cielos, hace huir a los demonios, y se ha convertido en nuestra mediadora ante Dios.

En otro tiempo, la muerte, introducida en el mundo por Eva, dominaba con su fuerte imperio; hoy, al atacar a la bienaventurada hija de una madre culpable, la muerte ha sido expulsada...

Madre, Vos habéis permanecido virgen, porque disteis a luz a Dios. Y es esto lo que hace a vuestra dormición, a vuestra muerte viviente, tan diferente de

la nuestra: sólo, es justo, Vos tenéis la incorrupción del cuerpo además de la del alma”.

176) María es la Reina de la creación

“La bienaventurada Virgen es el cielo que muestra el sol de la justicia, la tierra que produce la espiga de vida, el mar que da la perla espiritual...

¡Qué maravilloso es este mundo! ¡Qué maravillosa es esta creación con su hermoso jardín de virtudes, con las flores olorosas de la virginidad...!

¿Qué hay más puro? ¿Qué hay más irreprochable que la Virgen? Dios, luz soberana, ha encontrado en Ella tantas virtudes, que se ha unido a ella substancialmente, por la venida del Espíritu Santo.

María es una tierra en la que no se ha introducido la espina del pecado. Al contrario, ha producido el retoño por el que el pecado ha sido arrancado de raíz.

Es una tierra que no ha sido maldita como la primera, fecunda en espinas y cardos, sino que es una tierra sobre la que ha descendido la bendición del Señor, y su fruto es bendito, como dice el oráculo de Dios”.

177) María en el cielo y en la tierra

“Ahora, en posesión de la bienaventurada inmortalidad, alza María hacia Dios, para la salvación del mundo, esas manos suyas que han llevado a Dios...

Blanca y pura paloma, elevada en su vuelo hasta las alturas del cielo, no cesa de proteger nuestra baja tierra.

Ella nos ha abandonado corporalmente, pero en espíritu está con nosotros.

Ella, que ha entrado en los cielos, hace huir a los demonios, y se ha convertido en nuestra mediadora ante Dios.

En otro tiempo, la muerte, introducida en el mundo por Eva, dominaba con su fuerte imperio; hoy, al atacar a la bienaventurada hija de una madre culpable, la muerte ha sido expulsada...

Madre, Vos habéis permanecido virgen, porque disteis a luz a Dios.

Y es esto lo que hace a vuestra dormición, a vuestra muerte viviente, tan diferente de la nuestra. Sólo, y es justo, Vos tenéis la incorrupción del cuerpo además de la del alma”.

178) Súplica a María

“Tú que penetras las nubes y subes al cielo, que entras en el santuario con voz de gozo por las alabanzas, dignate bendecir, madre de Dios, a toda la tierra.

Por tu intercesión, obténnos un clima saludable y templado.

Máندانos la lluvia en el tiempo oportuno; modera los vientos; da fertilidad a la tierra; tranquilidad a la

Iglesia; firmeza a la fe; seguridad al Estado; mantén alejados a los bárbaros; protege al pueblo cristiano”.

39. San Teófanos el Mercado (+845)

Nació en la segunda mitad del siglo VIII. Es hermano de San Teodoro. De familia noble y piadosa.

Luchó mucho contra los emperadores iconoclastas y por la ortodoxia de la Iglesia, sufriendo muchos tormentos y el exilio donde murió el año 845.

Fue arzobispo de Nicea, en cuya sede trabajó con ardiente celo por la fe y buenas costumbres.

Escribió preciosos himnos en los que ensalza fervorosamente a la Virgen María.

179) Regocijo ante el nacimiento y dormición de María

El misterio escondido antes de todos los siglos, hoy se nos revela, y el hijo de Dios se hace hijo de hombre, a fin de que asumiendo los límites de la humanidad, me dé a mí una naturaleza superior.

Adán se engañó, no pudo transformarse en Dios como pensaba; Dios sin embargo, se vuelve hombre para divinizar a Adán.

Por eso, se regocija la creación, danza la tierra, porque un arcángel se ha presentado con reverencia ante la Virgen, y la ha llevado el «salve» en lugar de la tristeza.

Gloria a nuestro Dios que se ha encarnado por amor.

Venid ángeles a la fiesta, preparémonos para la danza y para hacer resonar de cánticos la Iglesia, con ocasión del descendimiento del arca de Dios.

El cielo hoy abre de par en par su seno para recibir a la que ha engendrado al inmenso.

La tierra, al recibir la fuente de la vida, se cubre de bendición y de belleza.

Los ángeles forman un coro con los apóstoles y miran con reverencia a la madre de rey de la vida, que pasa de una vida a otra.

Postrémonos todos delante de ella y roguemos:

Reina, no olvides a quien está unido a ti por parentesco y festeja con fe tu santa dormición”.

40. San Pedro Damiano(+ 1072)

Nació en Rávena en 1007 y de muy joven abrazó la vida monástica.

El papa Esteban IX lo creó cardenal y obispo de Ostia.

Se dedicó especialmente a la reforma del clero.

Escribió mucho sobre la Virgen María, especialmente se distinguió por la belleza y profundidad de sus himnos.

180) Grandeza de María, Madre de Dios

“Virgen Madre de Dios, cuya hermosura admiran el sol y la luna.

¿Qué hay más grande que la Virgen María, que encerró en sus entrañas la incomprensible grandeza de la Divinidad?

Contemplad los serafines; subid con atrevido vuelo muy por encima de esta naturaleza tan elevada, y veréis por debajo de la Virgen todo lo que existe; una sola cosa sobrepuja a esta Obra de Dios: el Hacedor mismo.

El coro de los bienaventurados ángeles, los profetas sagrados y el orden de los Apóstoles, no ven por encima de ellos nada más que a Ti sola, después de la Divinidad.

El sol y la luna admiran la belleza de la Virgen Madre de Dios”.

181) María debe ser imitada

“La Virgen Santísima nos dio ejemplo para que sigamos sus huellas”.

182) Ayúdanos, Madre.

Santa Virgen, Madre de Dios, socorre a los que imploran tu auxilio.

Vuelve tus ojos hacia nosotros.

Sólo buscas la ocasión de salvar a todos los miserables, y de derramar sobre ellos tu misericordia, porque tu gloria es mayor cuando por tu intercesión los penitentes son perdonados, y los que lo han sido entran en el cielo.

Ayúdanos, pues, a fin de que podamos verte en el Paraíso, ya que la mayor gloria a la que podemos aspirar consiste en verte después de Dios, en amarte y en estar bajo tu protección.

Oyenos, Señora, ya que tu Hijo quiere honrarte concediéndote todo cuanto le pidas”.

183) María y la Eucaristía

Pensad cómo somos deudores de la bienaventurada Madre de Dios, y qué de acciones de gracias le debemos rendir, después de a Dios, por tan gran beneficio.

Pues este cuerpo de Cristo que Ella engendró y llevó en su seno, que envolvió en pañales, que alimentó con su leche con una solicitud materna, es el mismo Cuerpo que recibimos en el altar; es su Sangre la que bebemos en el Sacramento de nuestra redención.

Esto es lo que sostiene la fe católica, y lo que enseña la Santa Iglesia. No, no hay palabras humanas que sean capaces de alabar dignamente a Aquella de quien tomó su carne el Mediador entre Dios y los hombres.

Cualquier honor que pudiésemos dar, está por debajo de sus méritos, ya que Ella nos ha preparado en su casto seno la Carne inmaculada que alimenta nuestras almas.

Eva comió un fruto que nos privó del eterno festín; María nos presenta otro que nos abre la puerta del banquete celestial.

184) Omnipotencia e intercesión de María

Virgen bendita, Virgen más que bendita, deteneos en nombre de vuestra naturaleza. ¿Acaso vuestra elevación os ha hecho olvidar vuestra humanidad?

No, mi Soberana. Vos sabéis bien entre qué de peligros nos habéis dejado, y cuántas son las infidelidades de vuestros servidores; no estaría de acuerdo tan gran misericordia, con el olvido de tan espantosa miseria.

Si vuestra gloria os separa, que la naturaleza os llame... Vos no sois tan impasible que no podáis compadeceros. Tenéis nuestra naturaleza y no otra.

Deteneos, en segundo lugar, en nombre de vuestro poder. Porque el Poderoso ha hecho en Vos grandes cosas; todo poder os ha sido dado sobre el cielo y sobre la tierra.

¿Puede oponerse a vuestro poder el poder divino que ha recibido de vuestra carne la carne que le ha hecho hombre?

Vos avanzáis hacia el altar de la reconciliación, no sólo con oraciones, sino con órdenes, soberana más que sierva (*non solum rogans sed imperans, domina non ancilla*).

En tercer lugar, deteneos en nombre de vuestro amor. Yo sé, mi divina Maestra, que sois muy bondadosa y nos amáis con un amor invencible, porque vuestro Hijo y vuestro Dios nos ha querido en Vos y por Vos con un amor sin límites.

¿Quién sabe cuántas veces habéis calmado la cólera del Soberano Juez, cuando la justicia ya iba a partir de Dios para golpear a los pecadores?

Deteneos también en nombre de vuestra singularidad. Todo el tesoro de la divina misericordia os ha sido confiado; y sólo Vos habéis sido elegida para recibir el depósito de una gracia tan maravillosa.

Dios no quiere que vuestra mano permanezca ociosa, y además Vos no buscáis más que la ocasión de salvar a los miserables y derramar sobre ellos la misericordia.

No es disminución, sino aumento de vuestro honor, cuando los penitentes son admitidos al perdón, y los justificados a la gloria.

41. San Anselmo (+ 1109)

Nació en el valle de Aosta en 1033. De muy joven ingresó en la abadía benedictina de Bec, en Normadía.

Fue abad del monasterio y después Arzobispo de Cantorbery.

Mucho hubo de luchar contra el poder civil que quería ingerirse en el gobierno de la Iglesia.

Después de una sequía en cuanto a la producción literaria sobre la Virgen María en los dos siglos precedentes Anselmo fue un ferviente devoto de la Señora y la magnífica preparación para la gran eclosión mariana que se inaugurará con San Bernardo.

Su doctrina sobre la Virgen María es muy abundante y sólida.

185) *Grandeza de María*

¡Oh maravilla!: ¡Yo contemplo a María!. ¡A qué altura sublime la veo!

Nada hay igual a María; nada, si no es Dios, es mayor que Ella. Dios ha dado a María su mismo Hijo, que, único, igual a El, engendra de su corazón, como amándose a sí mismo.

De María El se ha hecho un Hijo, no otro, sino El mismo, de tal manera que, por naturaleza, El fue único y El mismo, Hijo común de Dios y María. Toda la naturaleza ha sido creada por Dios y Dios ha nacido de María.

Dios ha creado todo y María ha tenido a Dios. Dios, que ha hecho todas las cosas, se ha hecho a El mismo de María; y así ha rehecho todo lo que había hecho.

El, que ha podido hacer todas las cosas de la nada, no ha querido rehacer sin María lo que había sido manchado.

Dios es, pues, el Padre de las cosas creadas y María la Madre de las cosas «recreadas». Dios es el Padre que ha construido todas las cosas y María la Madre que ha reconstruido todo.

Dios ha engendrado a Aquel por quien todo ha sido hecho; y María ha tenido a Aquel por quien todo ha sido salvado. Dios ha engendrado a Aquel sin quien nada existiría de ninguna forma y María ha tenido a Aquel sin quien nada estaría bien.

¡Verdaderamente el Señor está con Vos, pues El ha hecho que toda criatura os deba tanto!

186) Confianza en María

¡Oh mujer admirable, única, por la que han sido renovados los elementos, curados los enfermos, pisoteados los demonios, salvados los hombres, reemplazados los ángeles malos!

¡Oh mujer llena de gracia, sobreabundante de gracia! Con lo sobrante de esa plenitud, inundas todas las criaturas para darlas vigor.

¡Oh Virgen bendita, bendita por encima de todo! Por fu bendición toda criatura queda bendecida, no solamente la creación por el Creador, sino éste a su vez por la criatura.

¡Oh tú, que has sido elevada por encima de todo!, el ardor de mi alma intenta subir hasta ti; ¿dónde escaparás a la mirada aguda de mi espíritu?

¡Oh tú, hermosa a la vista, amable de contemplar, deleitosa para amar!, ¿cómo sobrepasarás la capacidad de mi alma?

Espera, ¡oh Señora!, a mi alma enferma, que quiere seguirte.

No te ocultes, ¡oh Señora! a esta alma que ve tan poco y que te busca.

Ten piedad, ¡oh Señora!, de un alma que languidece y suspira tras de ti.

187) Grandeza y belleza de María

Sois la causa de la reconciliación general, el vaso y el templo de la vida y de la salvación para el universo; porque yo reduzco demasiado vuestros méritos cuando restrinjo vuestros beneficios a lo que habéis realizado para mí solo, hombre vil, ya que el mundo que os ama, se regocija de vuestros beneficios, y en su alegría proclama lo que habéis hecho por él.

Pues sois, oh Señora, por vuestra fecundidad en obras de salvación, digna de veneración por vuestra inapreciable santidad; habéis mostrado al mundo a su Señor y a su Dios, al que no conocía; habéis mostrado al mundo al restaurador del cual tenía necesidad; habéis engendrado para el mundo al reconciliador, que no tenía todavía.

Por vuestra fecundidad, oh Señora, el mundo pecador ha sido justificado; estaba condenado, y ha sido salvado; estaba exiliado y ha sido vuelto a su patria.

Vuestro alumbramiento, oh Señora, ha rescatado al mundo cautivo; ha curado al mundo enfermo, y ha resucitado al mundo muerto.

El cielo y las estrellas, la tierra y los ríos, el día y la noche, y todas las cosas sometidas al poder de los hombres, se felicitan de haber perdido la gloria, porque, oh Señora, una nueva gracia inefable, resucitada en alguna forma por Vos, les ha sido conferida.

En efecto, todas las cosas estaban como muertas cuando perdieron su propiedad natural de servicio a la dominación y al uso de los que alaban a Dios: pues es por eso por lo que habían sido hechas.

Estaban angustiadas bajo la opresión y manchadas por el abuso que hacían de ellas los servidores de los ídolos, para quienes no habían sido hechas.

Pero he aquí que al resucitar, felicitan a su Soberano, pues gracias a El, ahora son gobernados por el poder de los que confiesan a Dios, y honradas por el uso que hacen de ellas.

Una gracia nueva, inestimable, les hizo saltar de alegría en alguna forma, cuando sintieron no sólo que el mismo Dios, su Creador, reinaba sobre ellas de un modo invencible para siempre, sino que también sirviéndose de ellas visiblemente, las santificaba en el interior.

Estos bienes tan grandes les han llegado por el fruto bendito de la bendita María”.

188) Hacedme amar a vuestro Hijo

“Oh buena Madre, os suplico por este amor con el cual queréis a vuestro Hijo, que así como verdaderamente Vos le amáis, y queréis que sea amado, consigáis que yo también le ame. Así, os lo pido: que se cumpla realmente vuestra voluntad.

¿Por qué no se hará, a causa de mis pecados, lo que sin embargo está en vuestro poder? Señor, sois amigo

de los hombres, y habéis tenido piedad de ellos, y Vos habéis podido amar, y hasta la muerte, a vuestros enemigos. ¿Podéis rehusar el amor para Vos y para vuestra Madre a quien os lo pide?

Oh Madre de Aquel que nos ama, que habéis merecido llevarle en vuestro seno y amamantarlo en vuestro pecho, ¿no podréis, o no querréis, conceder el amor para Él y para Vos a quien os lo pide? Que mi espíritu os venere como Vos sois digna.

Que mi corazón os ame como es justo.

Que mi alma os estime como le es beneficioso.

Que mi carne os sirva como debe.

Que en esto se consuma mi vida, a fin de que todo mi ser os cante durante la eternidad.

Bendito sea el Señor eternamente. Así sea”.

189) Confianza en María

“Ruega por mí, Santa Madre de Dios, para que, pues me causa tanto pavor el tribunal de tu Hijo, conociendo la multitud de mis pecados, pueda por tu veneranda intercesión quedar limpio de todas mis culpas, con el riego de la compunción del alma y el rocío de una confesión piísima”.

190) Doble invocación a la Madre y al Hijo

“¡Oh María!, te suplico por esta gracia que tienes de que el Señor está contigo y tú con Él, que me

concedas tu misericordia, que permanezca conmigo; haz que tu amor esté siempre en mí, y tú ten siempre cuidado de mí.

Haz que el grito de mis necesidades, mientras perduren, te siga por doquiera, que tus miradas de bondad, mientras yo viva, me acompañen, haz que la alegría que experimento de tu bienaventuranza permanezca siempre en mí y que tu compasión por mi miseria me siga por doquiera siempre que lo necesite.

¡Oh bienaventurada!, si es necesario que todo el que se aparta de ti, o es despreciado por ti, se pierda, de igual modo todo el que se acerca a ti, o es mirado por ti con ojo favorable, es imposible que perezca.

¡Oh Señora! así como Dios ha engendrado a aquel en quien viven todas las cosas, así tú, flor de la virginidad, has dado a luz a aquel por quien los muertos resucitan.

Así como Dios por su Hijo ha preservado a los Angeles bienaventurados del pecado, así tú, vaso de pureza, salvarás por tu Hijo a los hombres hechos desgraciados por el pecado.

Así como el Hijo de Dios es la felicidad de los justos, así tú, fecunda en frutos de salvación, tienes un Hijo que reconcilia a los pecadores. No hay otra reconciliación que la que tu castidad ha concebido; no hay justificación sino la que tú, ¡oh Virgen!, has alimentado en tu seno; no hay salvación más que en aquel que, siempre virgen, has dado a luz.

¡Oh Señora!, eres, pues, la madre de la justificación y de los justificados, la engendradora de la reconciliación y de los reconciliados, la madre de la salvación y de los salvados.

¡Oh feliz confianza, oh seguro refugio! La madre de aquel en quien únicamente esperamos y al que únicamente tememos, es nuestra madre; la madre de aquel, digo, que es el único que salva o condena, es nuestra madre”.

191) Bien que María ha hecho al universo

“Tú eres la corte de la propiciación universal, la causa de la reconciliación general, el vaso y el templo de la vida y de la salvación para el universo, pero estrecho demasiado tus méritos cuando restrinjo tus beneficios a lo que has realizado por mí solo, hombre vil, cuando el mundo, que te ama, se alegra de tus beneficios y en su alegría proclama lo que hiciste por él.

Porque eres, ¡oh Señora!, admirable por una virginidad excepcional, amable por tu fecundidad en obras de salvación, digna de veneración por tu inapreciable santidad.

Has mostrado al mundo su Señor y su Dios, que no conocía.

Has mostrado al mundo visible su Creador, a quien aún no había visto.

Has dado a luz para el mundo al restaurador de quien tenía necesidad, perdido como estaba, al reconciliador, que culpable aun no tenía.

Por tu fecundidad, ¡oh Señora!, el mundo pecador ha sido justificado; condenado, ha sido salvado; desterrado, fue repatriado.

Tu parto, ¡oh Señora!, ha rescatado al mundo cautivo; enfermo, ha sido curado, y muerto, ha sido resucitado”.

192) Confianza en Jesús y en María

“A Ti, por tanto, ¡oh Madre! iluminadora de mi mente... A Ti te imploran cuanto les es posible todas las fibras de mi corazón...

Que sobre todas las cosas, después de tu Hijo, Señor y Dios mío, y de todos los hombres, mi corazón te conozca y te venere, te ame y te suplique, no con el amor imperfecto con que yo lo deseo, sino con el que lo debo, habiendo sido creado, salvado, redimido y resucitado por tu Hijo.

Ciertamente, ¡oh Jesús!, Hijo de Dios, y Tú, ¡oh María!, Madre suya, que deseáis y es justo, que todo lo que vosotros amáis sea amado por nosotros.

Por tanto, ¡oh Jesús!, Hijo bueno, yo te pido, por el amor con que amas a tu Madre, que, como Tú la amas y quieres que con verdad sea amada, me concedas a mí que yo también verdaderamente la ame.

¡Oh buena Madre!, te ruego que, por el amor con que amas a tu Hijo, como Tú sabes amar y quieres que sea amado, me alcances que yo verdaderamente le ame.

Que mi mente os venere como merecéis, que os ame mi corazón como es justo, y mi alma como a ella le conviene; que mi carne os sirva como debe, y en vuestro amor y servicio se consuma mi vida, para que todo mi ser os glorifique por toda la eternidad”.

193) Intercede por nosotros

“Oh María, María la grande, la más grande de las Bienaventuradas, María, más grande que todas las mujeres.

Oh gran Señora, mi corazón quiere amaros, mi boca alabaros, mi espíritu veneraros, mi alma suplicaros: todo mi ser se encomienda a vuestra protección.

Oh corazón de mi alma, esfuézzate, y tú, lo más profundo e íntimo de mí mismo, tanto como puedas, si puedes, esfuézzate en alabar sus méritos, amar su bondad, admirar su elevación, implorar su benevolencia, pues tengo necesidad cada día de su protección; al tener necesidad lo deseo; mi deseo suplica; mis súplicas obtendrán, si no según mi deseo, sí más que mis méritos.

Oh Reina de los ángeles, Soberana del mundo, Madre que purifica el mundo, confieso que mi corazón está demasiado sucio para que no me avergüence al

miraros a Vos, que sois la misma Pureza, Madre del que ha salvado mi alma. Mi corazón entero os reza con todas sus fuerzas:

Acogedme, Señora mía, sedme propicia, ayudadme con vuestro inmenso poder, para que sean purificadas las manchas de mi alma, y para que mis tinieblas reciban la luz, y mi tibieza se inflame, y despierte del sopor, y espere ese día en el que vuestra bienaventurada santidad (que supera a toda otra, a excepción de vuestro Hijo, dominador de todas las cosas) será exaltada, a causa de vuestro Hijo omnipotente y glorioso, y para la bendición de vuestros hijos de la tierra.

Haced que por encima de todo (a excepción de mi Maestro y mi Dios, Dios de todas las cosas, vuestro Hijo), mi corazón os conozca y os admire, os ame y os implore, no con el ardor de un ser imperfecto que no tiene más que deseos, sino con la fuerza del que se da cuenta de lo que es y que sabe que ha sido hecho y salvado, rescatado y resucitado por vuestro Hijo”.

194) Sé nuestra salvación

“Socórrenos, oh piadosísima Señora, sin atender a la multitud de nuestros pecados. Considera que nuestro Creador ha tomado carne humana en ti, no para condenar a los pecadores, sino para salvarlos.

Si no hubieses sido elegida por Madre de Dios, mas que en tu beneficio, entonces podría decirse que poco

te importa que nos salvemos o condenemos; mas no, que si Dios se revistió de tu carne, lo hizo no menos por tu salvación que por la de todos los hombres.

¿De qué nos servirían tu poder y tu gloria, si no nos hicieses partícipes de tu felicidad?

Ayúdanos y protégenos; pues no ignoras cuánto necesitamos de tu auxilio. A ti nos encomendamos; haz que no nos condenemos sino que sirvamos y amemos eternamente a tu Hijo Jesucristo”.

195) Amor y confianza en Jesús y María

“¡Oh Señor, hijo de mi Señora! ¡Oh Señora, madre de mi Señor!, si yo no soy digno de entregarme a la felicidad de vuestro amor, vosotros por lo menos no sois indignos, vosotros que debéis ser amados más aún.

¡Oh benignísimos!, no me rehuséis aquello de que yo me declaro indigno, a fin de no quitaros a vosotros mismos aquello de que no podemos deciros indignos.

Por lo cual conceded, ¡oh bondadosísimos!, a mi alma suplicante, vuestro amor en cuanto merecéis, no a causa de mis méritos, sino en consideración de los vuestros.

Concedédmelo a mí, que soy indigno, a fin de que vuelva a vosotros, que sois dignos; pues si no consentís en que yo tenga lo que deseo, por lo menos no lo rehuséis, a fin de que pueda lo que os debo”.

196) *Gran confianza en María*

“¡Oh María, tiernamente poderosa, poderosamente tierna, de la que ha salido la fuente de las misericordias!, no detengas, te suplico, esa misericordia tan verdadera, allí donde reconoces tan verdadera miseria. Porque si yo, por mi parte, me siento confundido por la torpeza de mis iniquidades frente a tu santidad deslumbradora, tú, por lo menos, ¡oh Señora mía!, no tienes que avergonzarte de tus sentimientos misericordiosos, tan naturales con un desgraciado.

Si yo confieso mi iniquidad, ¿me rehusarás tu benevolencia? Si mi miseria es mayor de lo que debía ser, ¿tu misericordia será menos de lo que conviene?

¡Oh Señora mía!, tanto más indignas son mis faltas ante la presencia de Dios y la tuya, tanto más necesidad tienen de ser curadas gracias a tu intervención.

Cura, pues, ¡oh muy clemente!, mi debilidad, borra esta fealdad que os ofende: quítame, ¡oh muy benigna!, esta enfermedad, y no sentirás esa infección que tanto te repugna.

Haz, ¡oh muy dulce!, que no tenga más remordimientos, y no habrá nada que pueda desagradar a tu pureza. Hazlo así, ¡oh Señora mía!, escúchame.

Cura el alma del pecador tu servidor, por la virtud del fruto bendito de tu seno, de aquel que está sentado a la diestra de su Padre el Todopoderoso, digno de alabanza y de gloria por encima de todo y por todos los siglos”.

197) Vergüenza del pecador

“¡Oh santa y, después de Dios, entre los santos particularmente santa, oh María madre de una admirable virginidad, de una amable fecundidad, que has dado a luz al Hijo del Altísimo, que has traído al mundo al Salvador de este género humano entregado a la muerte!

¡Oh soberana de santidad deslumbradora y de dignidad eminente, y que has sido dotada de un poder y de una bondad que no son menos!

¡Oh engendradora de la vida, madre de la salvación, templo de dulzura y misericordia! delante de ti desea presentarse mi alma desgraciada, languideciendo de las enfermedades de sus vicios, desgarrada con las llagas de sus crímenes, infectada con las úlceras de sus infamias; es como una moribunda, y quisiera poder suplicarte que te dignases curarla por el poder de tus méritos y piadosas oraciones.

¡Oh dulce Señora!, mi alma ha llegado a ser como extraña a sí misma y de una insensibilidad cruel; apenas si se da cuenta de su estado de completa languidez.

Tan llena se encuentra de manchas y de infección, que teme que tu rostro compasivo se aparte de ella; es tal su desesperación, que se abandona y no espera ya que tu mirada se vuelva a ella, y sus labios están mudos para la oración”.

198) *Poder de María*

“María es la absolución de los pecadores; el arca de la universal propiciación, la mujer maravillosamente singular y singularmente maravillosa por la cual se renuevan los elementos, quedan remediados los infiernos y los hombres salvados y los ángeles reintegrados.

La mujer llena y superllena de gracia, que con la abundancia de su plenitud exhuberante reverdece a toda criatura.

El templo de la vida y de la salud de todos.

La Virgen nueva e incorrupta que expía el pecado de la Virgen antigua.

El Sagrario de todas las virtudes”.

199) *Súplica al Hijo y a la Madre*

“¡Oh dulce Maestro!, perdona al servidor de tu dulce Madre.

¡Oh dulce Señora!. perdona al servidor de tu Hijo.

¡Oh buen Hijo!, apacigua a tu Madre en favor de tu servidor.

¡Oh buena Madre!, reconcilia a tu servidor con tu Hijo.

Yo, que me arrojé entre dos bondades tan inmensas, no caeré en dos severidades omnipotentes.

¡Oh buen Hijo, oh buena Madre!, que no en vano confiese yo esta verdad con respecto a vosotros, que

no tenga que sufrir de haber esperado de vosotros esta bondad.

Porque amo esa verdad que confieso acerca de vosotros e imploro esa dulzura que espero encontrar en vosotros”.

200) Oración de plena confianza

“No se pueden contar, Reina clementísima, los que, habiendo invocado tu nombre, han conseguido la eterna salvación; ¿y quieres que, invocándote yo, sea defraudado en mis esperanzas?

Tal vez no oyes mis clamores por mi gran maldad; pero aún así, no dejaré de llamarte, de decirte con toda mi alma: Pues eres tan noble y benigna, da oídos a quien humildemente llama a tus puertas y no le desatiendas en sus esperanzas, ni le abandones en su tribulación, ni le dejes sin una palabra de perdón en medio de su pecado.

Sana con tus celestiales medicinas las profundas heridas en mi alma abiertas, desátame de los carnales lazos que me aprisionan en la tierra y abrígame siquiera con un jirón del espléndido manto de tu gloria. Amén”.

201) María, refugio del pecador

“¡Oh Virgen, digna de la veneración del mundo, Madre digna de ser amada del género humano, mujer digna de la admiración de los ángeles!